

¿QUÉ ES EL PECADO? SU NATURALEZA Y SUS CONSECUENCIAS

¿EXISTE EL PECADO?

¿Es el pecado un invento de los curas para amargarnos la vida, o una conclusión del pensamiento de los teólogos para tratar de explicar lo inexplicable, o un instrumento sin entidad para poder manipular las conciencias de la gente sencilla y obtener a cambio ciertos beneficios? ¿O, por el contrario, cuando hablamos del pecado lo estamos haciendo sobre algo que, en verdad, existe, es real y del cual no podemos escapar nos afecte en mayor o en menor medida? No cabe duda alguna de que el pecado es un concepto religioso. Expresa la voluntad libre y consciente del hombre cuando se aparta de su Creador. El Catecismo de la Iglesia lo define como *una rebelión contra Dios por el deseo de hacerse "como dioses"* (Cat. 1850). *Hiere la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana* (Cat. 1849); y, en palabras de San Agustín, es "amor de sí hasta el desprecio de Dios".

Ciertamente, la tradición judeocristiana y también el Islam reconocen que Dios se ha ido manifestando a los hombres a lo largo de la historia, se ha comunicado con ellos y les ha expresado su voluntad. Esa voluntad expresa el orden primero, el que llevó a Dios a poner a trabajar su mano creadora, sus dedos de alfarero. La rebelión de su criatura, el ser humano, hizo necesaria esa intervención divina para que el hombre, desde el uso de su libertad, termine volviendo al orden de la Creación. Esa rebelión es el pecado. Dios creó en un orden armónico la naturaleza y el hombre, y creó también un orden armónico entre Él mismo y el hombre. El hombre, por encima de las demás obras, el rey de la creación, pero con libre albedrío, con capacidad para construir y destruir, para obedecer y desobedecer, para someterse amorosamente a su Padre y Creador o para situarse enfrente de Él como de un enemigo.

El pecado es, pues, esa rebeldía consciente del hombre contra Dios, que rompe, su armonía consigo mismo, con el resto de las obras creadas y con Dios. El pecado, por tanto, no está en Dios sino en la capacidad de la libertad con que Dios ha dotado a su criatura más perfecta. Es esencial que el hombre, en el ejercicio de su libertad, se reconozca criatura de Dios. Y que en ese reconocimiento acepte de buen grado la supremacía del Creador sobre él. Con otras palabras, que se someta a Dios y acepte el orden con el que fue creado. El texto del Génesis, en el relato del Paraíso, acerca del origen del pecado, resulta muy plástico en la escena del diálogo de la mujer con la serpiente; es sembrar la desconfianza hacia Dios para querer ser como es Dios; es, pues, suplirle, usurparle el puesto que ocupa en el orden. A Dios se le ve como enemigo y el hombre comienza a querer buscar por sí mismo, descubrir con sus propios ojos sin ver por los ojos de Dios, se busca la vida de espaldas a su Creador, se va por otro camino.

¿ENTONCES EL PECADO AFECTA SÓLO A LOS CREYENTES?

Puesto que hemos afirmado que el concepto de pecado es un concepto religioso, podría objetarse que sólo las personas de fe podrán verse afectadas por una realidad que pertenece al ámbito de la fe. Sin embargo, hemos de aportar algunos matices a lo ya dicho hasta ahora. En el epígrafe anterior tratábamos de hablar, ante todo pero no sólo, del pecado original. Parece ser que esa tendencia innata a querer buscarnos la vida por nuestra cuenta, sin Dios, o la de aspirar a ser dioses, son comunes a todos los seres humanos. La Iglesia hace dos excepciones en Jesucristo y en la Virgen María. En ellos no se dio pecado alguno porque desde su concepción estaban orientados a obedecer a Dios. Del pecado original no se libra nadie más y, por tanto, todo nacido es pecador por su propia naturaleza.

Ahora bien, si ese pecado no está relacionado con nuestra voluntad de pecar ni con el ejercicio del uso de nuestra libertad, un no creyente no tendrá responsabilidad religiosa alguna en lo concerniente a su conducta pues ésta no tendrá en cuenta el hecho religioso sino que se regirá por la sola voluntad del individuo o por cualesquiera otros referentes que muevan sus comportamientos. La orientación hacia el bien irá siempre de espaldas al pecado, mientras que la orientación hacia el mal lo mira siempre de frente. El pecado campa por los caminos del mal pero es irreconciliable con la búsqueda del bien. Pero en una sociedad tan tendente al relativismo como la nuestra, el bien y el mal no sólo no se ven claramente definidos para muchas personas y colectivos, sino que llegan, incluso, a confundirse el uno con el otro. Hay que buscar, pues, criterios comunes que nos ayuden a diferenciar entre el bien y el mal, entre el pecado y lo que no lo es.

La voz de la Iglesia es un referente muy valioso para muchas personas incluso no creyentes. De hecho, la Iglesia lo sabe y siempre que publica un documento solemne dice que también está dirigido a todo aquel que quiera considerarlo o escucharlo. La ley y el derecho natural son criterios universalmente admitidos como referentes morales. Luego hay otro tipo de declaraciones universales que son elementos de referencia también importantes por su amplia aceptación y su contenido moral; tales son por ejemplo la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la propia de los Derechos del Niño, algunos protocolos acerca del cuidado del medio ambiente o sobre la protección ante el uso de armas nucleares, minas antipersona, etc. Pero hay un principio universalmente aceptado para saber si una acción o comportamiento es moralmente aceptable o rechazable, si está en el camino del bien o del mal, si es o no pecaminosa: el daño producido a terceros. Uno de los cuatro principios básicos de la ética es el de la no maleficencia, es decir, no procurar un mal. Por eso, el pecado tiene consecuencias y esas consecuencias nos ayudan a descubrir el pecado, pues el pecado procura, realiza, provoca un mal a una persona, a una colectividad, a la sociedad.

Así, pues, peca el no creyente cuando sus acciones y comportamientos tienen consecuencias dañinas buscadas o no tenidas en cuenta sobre los demás, cuando va contra los principios universales, contra el derecho o la ley natural y cuando sobrepone el propio bien al bien común. Además, la persona que no es creyente porque ha rechazado la fe que le ha sido anunciada y porque le ha dicho conscientemente "no" a Dios ha pecado de manera muy grave. Sin embargo, quien no posee la fe por el propio desconocimiento, no ha incurrido en ese mismo pecado. Cerrarse libremente a Dios es el pecado mayor que conduce a todos los demás pecados.

¿ES LA NUESTRA UNA SOCIEDAD MANIFIESTAMENTE PECADORA?

La Biblia nos muestra ejemplos de corrupción de sociedades enteras y las ejemplifica como paradigma del rechazo de Dios y de las buenas costumbres. Así, Sodoma y Gomorra por sus comportamientos, Babilonia, llamada "la gran prostituta", el pecado del Egipto opresor contra los hebreos... hasta llegar al Nuevo Testamento, en el que primero Juan y luego Jesús denuncian el pecado estructural del judaísmo oficial y el olvido de Dios de casi todo su pueblo santo, a excepción de la porción llamada "el resto de Israel". De hecho, el surgimiento de comunidades alternativas como las de Qumrán o la del propio Bautista, lejos de Jerusalén, ponen de manifiesto que no era fácil vivir en fidelidad a Dios en aquella sociedad depravada por ritualista, hipócrita y vacía, que no practica la misericordia, el derecho ni la justicia y de costumbres contaminadas por el paganismo.

Jesús quiso dar inicio a una humanidad nueva según los valores del reino de Dios. Al comienzo tuvo una impronta rompedora con lo anterior, pero perseguida y, quizás por eso, más auténtica. Más tarde se oficializó y pasó a formar parte de las estructuras mundanas e injustas del mundo pagano. Llegó, incluso, a cometer los peores crímenes y errores contra lo que –se suponía– debía predicar y enseñar. Muchos abandonaron, escandalizados, la disciplina de la Iglesia. Surgieron escisiones, cismas y divisiones seculares en Iglesias separadas. Pero un día comenzaron a serenarse las cosas, se empezó a hacer autocrítica; la Iglesia comenzó a preguntarse qué era lo que Dios quería de ella; comenzó a cuestionarse si era capaz de dar respuesta a lo que le pide el hombre de hoy. Y entonces descubrió su verdadera misión en el mundo y quiso retomar los primeros pasos que habían seguido los del Maestro y que habían abandonado tanto tiempo atrás. La Iglesia dejó de ser un día dueña y señora para pasar a ser "madre y maestra", la sierva, la esclava del Señor, a imagen de María Virgen.

Retomemos ahora la pregunta del epígrafe: ¿Es la nuestra una sociedad manifiestamente pecadora? Lo es. Y lo es porque todas las sociedades lo han sido, incluso aquella que tenía que ser fermento de santidad en medio de la masa del pecado. Cuando la Iglesia recupera su autenticidad (lo cual no niega su carácter imperfecto y su posibilidad de equivocarse), recupera también su función profética

en la sociedad en la que vive. Y esa misión profética se desarrolla en la denuncia de la injusticia y del pecado y en el anuncio gozoso de la voluntad de Dios, expresada en las Sagradas Escrituras y en la Tradición de la propia Iglesia. Eso la convierte en un elemento generalmente molesto. Es entonces cuando se exalta el ateísmo, el agnosticismo o la proliferación de las sectas. Se descalifica a la Iglesia mediante el desprestigio y la ridiculización, acusándola de defender planteamientos retrógrados y de ir contra el progreso natural de la sociedad. Se la intenta retirar del panorama de lo público y se intenta relegar su acción y el ámbito de su influencia al mero ejercicio de lo privado en lo personal y en la intimidad de ciertas asociaciones tildadas de rancias y antiprogresistas. Analizando las posiciones de unos y de otros, uno descubre a la Iglesia ocupando el lugar del profeta, que sólo hace uso de su voz y de su testimonio para proclamar su mensaje; y que quienes le acusan utilizan toda la potencialidad de los recursos que dan el poder político, el poder económico, el poder informativo. Volvemos al primer mensaje neotestamentario, a ver en la Iglesia la "voz que grita en el desierto: preparad el camino del Señor, allanad sus senderos" (Is 40, 3 y Mc 1, 3-4), al más puro estilo profético, al más puro estilo misionero.

Como todas las demás sociedades, también la actual quiere escudriñar por sí misma el jardín de la Creación y no seguir bajo las directrices de su Autor. Estamos, sobre todo, en la era de los logros científicos. Y la evolución de la concepción y el ejercicio de la política han llevado a la sociedad a proclamar que todo lo técnicamente posible es legítimo y que todo lo legítimo es moralmente bueno y aceptable. Cualquier crítica a estos principios lleva a discusiones inútiles que se salen, normalmente, del ámbito de la razón y pasan a invadir otros campos. Mientras existe una iniciativa que intenta introducir el aborto como uno más entre los reconocidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, los manifestantes pro-vida han sido agredidos en varias ciudades del mundo. La desprotección del embrión humano entra en contradicción con esa misma Declaración y con tantas otras, pero, mientras, los embriones siguen siendo objeto de todo tipo de manipulación, desde conseguir los llamados bebés medicamento hasta su total destrucción. ¿No será todo esto un juego? ¿Será que el hombre, por un momento, se ha dado cuenta de que empieza a poseer el poder de Dios y quiere jugar a ser Dios? ¿Pero realmente es un juego o lo que pasa en verdad es que quiere ser Dios; que ya es dios? Un criterio que ayuda a clarificar la respuesta a este interrogante es saber si el hombre tecnológico de hoy reconoce a Dios. ¿Lo reconoce en verdad, o lo ha desplazado? ¿Deja a Dios ocupar su lugar o pretende él ocupar el lugar de Dios? Creo que el planteamiento ofrece pocas dudas. El hombre tecnológico de hoy no mira a Dios, se mira a sí mismo porque ya se cree dios. Ha expulsado a Dios de su ámbito porque no puede haber dos dioses, y ya ha decidido que su dios es él mismo.

Ahora bien, la vida es algo dinámico, y la sociedad de los hombres también lo es. Lo que hoy se considera de una forma determinada, mañana puede haber cambiado su óptica. Dicho de otra forma en el lenguaje religioso: siempre es posible la conversión. Si anteriormente hemos hablado de ese proceso de transformación en

la manera que la Iglesia ha tenido de estar en el mundo, a nadie se le puede negar esa capacidad, pues cada ser humano es capaz de convertirse, de reaccionar ante la llamada de Dios, de escuchar su voz y de cambiar sus actitudes, de enderezar sus caminos tantas veces torcidos. Sin embargo, siempre conservará un punto de imperfección, un punto en el que sea capaz de dar la espalda a Dios, de cometer errores a pesar de sus logros y sus avances. El hombre no puede escapar a su condición pecadora, por lo que, tanto él como la sociedad que forma pueden avanzar en el proceso de la conversión pero sin dejar de ser pecador. ¿Es esto un fracaso al que estamos abocados y ante el que no merece la pena esforzarse? En absoluto. Los Padres de la Iglesia nos recuerdan que si en el hombre se da una tendencia natural al pecado, se da asimismo una tendencia natural hacia el bien, hacia la búsqueda del Creador. El hombre no sucumbe definitivamente a su pecado porque está abierto a la conversión y porque Jesucristo, con su muerte en la cruz y con su resurrección, nos ha librado para siempre del efecto místico del pecado, que sería su alejamiento definitivo, la condenación eterna. No debemos olvidar al apóstol Pablo, a quien celebramos especialmente en este año jubilar, que nos dice aquello de que "donde abundó el pecado, más desbordante fue la gracia" (Rm 5, 20). Pero tampoco podemos obviar que el pecado, el personal y el social, tiene también otros efectos menos místicos y más inmediatos en la vida de nuestros semejantes. Y eso es una grave responsabilidad. Ya el catecismo avisaba de que atenta contra la solidaridad humana.

EL EFECTO DEL PECADO EN LOS OTROS

El pecado no es algo indiferente de unos seres humanos con respecto de otros. No se queda en el ámbito de la relación del hombre con Dios, sino que el pecado de uno, el pecado de varios, tiene consecuencias en otro o en otros. Resulta fácil de ver en el pecado estructural; por ejemplo, el tema del hambre en el mundo. Que todavía hoy una gran parte de la humanidad viva con sus necesidades primarias sin cubrir y que un número elevado de personas mueran diariamente de hambre, es efecto de un gravísimo pecado al que nos hemos acostumbrado y sobre cuya solución nos limitamos a hacer declaraciones de buenos deseos. Los países del mundo desarrollado dicen y reconocen que cuentan con los medios necesarios para acabar con el hambre en el mundo. Lo dicen pero no lo hacen. Se limitan a declarar que lo harán para el año 2015. Pero si puede hacerse ahora, ¿por qué hay que esperar, entonces, al año 2015? Además, los indicios que se dan en la actualidad apuntan a que no se va preparando ese momento, con lo cual, quedarán, una vez más, en papel mojado. La muerte de cualquiera de los seres humanos que mueren de hambre es consecuencia de un horrible pecado de nuestra sociedad. Un terrorista que cree defender nobles causas dando muerte a otras personas, yerra en los medios, comete un grave pecado. El ser humano es propiedad de Dios, la vida es propiedad de Dios; ninguna causa merece el sacrificio de una sola vida humana a no ser que se ofrezca libremente cuando resulta inevitable (caso de los mártires y del propio Jesucristo). El principio de que la dignidad humana es inviolable ayuda a detectar como grave

pecado todo aquello que atente contra esa dignidad (abusos, esclavitud, explotación, discriminación, racismo, utilitarismo, tortura, vejación...). La guerra, que busca el dominio y el sometimiento de otros o la apropiación o gestión de sus recursos económicos o naturales, es también un grave pecado contra Dios. La destrucción del medio ambiente, que degrada las condiciones de vida dadas por Dios en la Creación y resulta insolidario contra las generaciones venideras, es también grave pecado. Y lo es toda forma de injusticia, de comportamiento egoísta, toda acción que no tiene en cuenta el daño causado a otros, el perjuicio que mis acciones provocan a terceros. Ser insolidarios, mirar para otro lado ante la necesidad del prójimo, encerrarse en sí mismo, es un pecado contra la fraternidad universal. Dios sufre en cada ser humano que sufre, Dios muere en cada ser humano que muere, Dios es víctima con cualquier víctima de la sociedad. Cuando el hombre peca contra su hermano, peca contra la familia de la humanidad, peca contra el Padre de toda la humanidad.

Hay otros pecados menos llamativos, más de nuestra vida cotidiana, más de andar por casa. Son, por ejemplo, los pecados capitales. En realidad, reflejan situaciones en las que manifestamos cómo nos situamos ante la vida. Nos ayudan a detectar si somos dóciles a Dios o no; si el amor y la donación son los móviles de nuestro actuar o no; si nos creemos los dueños absolutos de nosotros mismos o si poseemos la capacidad de compartir, de saber perder en pro de la dignidad, del bienestar del otro. No olvidemos que, mientras que el pecado nos aleja de Dios y de los demás, nos va endiosando más y más a nosotros mismos. Nos lleva a una falsedad capaz de hacernos caer en una fosa muy profunda en nuestra vida. De modo que el primer efecto destructor del pecado se da en la persona del pecador.

Mientras escribía esto, me venía una y otra vez a la memoria una vieja canción de un conocido cantautor español que seguramente pasó desapercibida, pero que describía con gran belleza su opción en la vida. Decía: "Prefiero ser soñador a ser matador de sueños, prefiero volar a ser cazador... Prefiero un vuelo blanco de palomas". Perales tenía un contrato con la CBS en aquellos años y estaba obligado a editar un álbum por año. Lo hizo con toda calidad, pero muchas de sus canciones no pudieron ser suficientemente saboreadas a causa de la velocidad en ser publicadas y de la popularidad que alcanzaban otros temas del mismo trabajo. Pero, en el fondo, la pregunta es esa: Ante la vida, ¿te sitúas como matador de sueños y como cazador, o prefieres un vuelo blanco de palomas? El enemigo (el pecado) se encuentra siempre en el primero de los grupos. El que se arriesga a soñar, el que se arriesga a volar, ése es de Dios.

JUAN SEGURA